

De rocío a escarcha

Las diminutas y frías gotas caen sin cesar en la ciudad silenciosa. En un Carmen cualquiera del Albayzín, un jardín se empapa poco a poco con este diluvio invernal que arrastra lo pasado, deslizándose por el empedrado suelo en el que se acumula.

Un charco de transparente agua encarcelada refleja los colores de las más increíbles glories primaverales, que eclosionando y creciendo impregnan de delicados aromas el ambiente de los meses del amor y el buen clima.

La insignificancia que siente el hombre al compararse con el abejorro en plena jornada laboral, consigue convertirlo de nuevo en aquel joven que con deliradeza recogía con la yema de sus dedos el rocío matutino.

El sonido de la caída del agua en una fuente le hace recordar. Corre por la ciudad observando cómo los geranios de los balcones marchitan a pesar de los vanos intentos de las señoras en bata que los riegan con insistencia.

El verano entra sin pudor ni miramientos mientras los jardines del palacio rojo acogen a una chica que espera sentada con nerviosismo la llegada

de su recogedor de rocío. El pjar de los
pájaros y el viento azotando con delicadeza los
verdes brazos del castaño le inspiran tranquilidad.
Bajan de la mano las empinadas cuestas en
las que paran a disfrutar de su amor juvenil,
arropados por la sombra de los más ancianos
y silenciosos y por la prescra de los riachuelos
que circulan sobre las piedras.

El intenso calor que visita cada año por
vacaciones queda olvidado cada vez que sus
miradas se cruzan.

La joven derrama agrias lágrimas de vuelta a
casa, a su vez las hojas de los ahora desnudos
árboles se convierten en una húmeda algombra
verde, amarilla y marrón. Las nubes prudentes
cubren el cielo dando un tono gris al barrio del
Realejo, donde un niño observa cómo el agua
de las fuentes se enfría y el rocío comienza a ser
escarcha.